

Último recuerdo

—Buenos días Eduardo, ¿cómo está mi casi bioctogenario favorito? —dijo la doctora Carmen mientras encendía la pantalla de estado.

—Pero que zalamera eres, sabes que aún me faltan veinte años para ostentar ese honor —contestó Eduardo desde la cama con la voz aún pastosa.

—¿Qué son veinte años para uno de los pioneros de Vida Eterna? —siguió con la broma al tiempo que leía los marcadores de niveles—. Vale, lo que ya habíamos comentado, si quieres seguir con esa antigualla de cuerpo, necesitas pasar por el taller. Ya sabes fontanería, algo de chapa y pintura...

—Carmen, te quiero como a una bisnieta, pero es que a veces eres muy bruta. No sé como aún no te han echado, por muy buena que seas en lo tuyo —protestó el anciano con una sonrisa en la boca.

—A ti te lo digo así porque sé que en tu primera juventud eras un manitas altamente cualificado. Ojo, no quisieras estar en la habitación de María, la carnicera, cuando le hablo de sus arreglillos. Ya en serio, si no quieres que usemos órganos artificiales, necesitamos hacerle un buen reequilibrado a tu cuerpo. He reservado el martes a primera hora en el taller, perdón en el quirófano, para que tengas el honor de que yo misma hurgue con mis manazas tus preciosas tripas.

—¡Qué poca memoria tienes! En el último reacondicionamiento te dije que ya no habría más —interpeló a su interlocutora, aguantándose la risa al ver el teatral mohín que aparecía en su juvenil cara—. Sabes lo agradecido que estoy a Vida Eterna por permitirme disfrutar de una vida larga y plena, pero ahora estoy cansado y quiero irme.

—Recuerdo a la perfección lo que me dijiste en aquella ocasión, pero tenía que intentarlo. Para mí no eres un paciente más, después de tantos años te considero familia. Por favor, dale otra pensada antes de anular la cita del box.

—Carmen, se que tienes buenas intenciones. Si estuviese hablando con Aitor, estaría convencido de que solo estaba intentando no perder otra cobaya, que en el fondo es lo que siempre he sido para Vida Eterna, pero sé que tú eres sincera. Ya estoy cansado de vivir y para la familia que me queda solo soy el señor mayor de la pantalla

que de vez en cuando interrumpe sus vidas. No digas nada de ponerme trozos de otros o lo que es peor, cachos de plástico, que ya sabes que por ahí no paso.

—Esta bien. Cambiamos la cita del taller por una con la línea de meta. No me mires así, por la sala del Último viaje.

Después de despedirse, Carmen abandonó la habitación, sabiendo que extrañaría a aquel cascarrabias y que perdía al último usuario con chasis original.

—Buenos días Eduardo, soy Caronte tu asistente en el Último viaje —resonó una voz un tanto metálica en la pequeña sala.

—Hola Caronte. Esperaba que me acompañase algún ser de carne, hueso y algo de látex —contestó el anciano con sorpresa.

—Hace años que del tránsito final nos encargamos nosotros. Está demostrado que las emociones que transmiten los asistentes humanos hacen que el viajero cambie de opinión en contra de su verdadera voluntad —replicó la voz impersonal—. Veo que has elegido el paquete de Último Recuerdo, pero antes de empezar nos gustaría entender por qué quieres dar por terminada tu experiencia en Vida Eterna. Por favor, hazme un resumen de tu estancia con nosotros.

—Creo que ya lo sabéis, pero entiendo que esto es parte del estudio al que accedí a participar en su momento. No me alargaré demasiado. Hasta que tuvimos el accidente en el que murió mi querida Ana, solo había oído hablar de los programas de regeneración como algo futurista y utópico. La ausencia de Ana y el miedo a dejar desamparados a mis hijos hicieron que no dudase cuando la clínica de rehabilitación me propuso participar en el programa de Vida Eterna.

»En apenas un par de meses de tratamiento recuperé toda la movilidad de mi cuerpo. Quizás lo tenía que haber dejado entonces, pero accedí a seguir adelante. Una semana de aislamiento al año era suficiente para seguir mejorando mi cuerpo y con ello mi vida. No me arrepiento de nada, bueno sí, de que mis adorados hijos no quisiesen unirse a esta aventura y eligiesen que la naturaleza primitiva siguiese su curso.

»Yo soy uno de los pocos que se ha negado a entrar en la modalidad de sustitución de órganos. No es que tenga nada en contra del titanio, la silicona o el látex, pero no quiero perder ni un ápice de mi humanidad. No digo que los reparados sean menos humanos, pero es que estoy chapado a la antigua.

»Por muchos arreglillos que hayáis hecho en mi cuerpo virgen, a la naturaleza no se la engaña y al llegar a los ciento veinte años mi cuerpo empezó a fallar, hasta quedar postrado y necesitar aislarme de todo germen. Cualquier negacionista de Vida Eterna, como toda mi progenie, pensaría que este encierro voluntario ha sido un castigo, sin embargo, para mí ha sido el descanso del guerrero. Gracias a todas esas realidades artificiales que se han ido sustituyendo unas a otras, he viajado desde mi cama, he visto crecer a mis descendientes, en definitiva, he vivido todo lo que tenía que vivir. Ahora solo quiero dejar descansar a mi achacoso cuerpo, pasar al otro lado y comprobar qué religión ha acertado.

—Gracias Eduardo —intervino Caronte al ver que el anciano había concluido—. Te felicito por estar inscrito también en el programa Captura onírica y almacenaje de recuerdos. Estoy a tu disposición para ayudarte a elegir el último recuerdo que te acompañará en el tránsito.

—Si no te importa, prefiero usar la pantalla en vez de las gafas, reconozco que, aún no me he adaptado —solicitó mientras echaba un vistazo a la biblioteca, perfectamente catalogada, de sus recuerdos—. No quiero pasar al otro lado angustiado, así que elimina los malos recuerdos. Quiero lucir una gran sonrisa.

—Eliminados. La mayoría de los usuarios de este programa eligen el día del nacimiento de sus hijos y nietos o el de su boda —sugirió el asistente.

—No es mala elección, pero en mi caso esos felices recuerdos acabarían en llanto por la pérdida de mi querida Ana y el distanciamiento de mis adorados hijos. No, quiero el recuerdo de una época en la que realmente fui feliz —declinó el ofrecimiento concentrándose en la búsqueda de lo que realmente necesitaba, hasta que lo encontró—. Ya lo tengo, elijo el recuerdo U324 sección 3.

—Acertada elección para realizar tu último viaje. Ha sido un placer compartir este momento contigo. Vida Eterna te agradece haber formado parte de nuestra familia y espera que lo que encuentres al otro lado sea de tu agrado.

Acto seguido, las luces bajaron de intensidad y se accionaron los émbolos del suero final. En ese momento, Eduardo ya había dejado de ser un anciano embalsamado en su decrepita piel y se había transformado en el emocionado joven que acompañaba a su padre a ver el coche de segunda mano que se convertiría en su primer coche.

Aunque llevaba años soñando con aquel momento y, en su imaginario el coche era rojo y solo de tres puertas, al ver aquel coche blanco cinco puertas con alguna rozadura que otra, una sonrisa bobalicona se instaló en su cara fastidiándole la pose de duro.

Para un joven de la época, que el coche no contase con dirección asistida ni aire acondicionado no importaba, ya que aquel vehículo le proporcionaba lo que más ansiaba: la libertad.

En su viaje final, Eduardo rememoró las risas de las idas y venidas a la facultad con sus amigos, que no dudaban en rascarse los bolsillos y aportar algún que otro duro para llenar el depósito y, por supuesto, las primeras escapadas a las fiestas de los pueblos por carreteras secundarias. Y como no, recordar las ventanas totalmente cubiertas por el vaho después de una tórrida noche de amor con su amada Ana en el aparcamiento del estadio.

Para cuando todos aquellos recuerdos fueron perdiendo nitidez, Eduardo se quedó solo al volante de su Troncomóvil, como cariñosamente lo llamaba. Poco a poco, fue frenando y, no sin esfuerzo por la falta de asistentes a la conducción, aparcó bien pegadito a la acera.

Aún con aquella sonrisa bobalicona, acarició por última vez el volante y la bola del ocho que adornaba la palanca de cambios. Satisfecho, con el *radiocassette* extraíble bajo el brazo, abrió la puerta y tarareando una canción de Cindy Lauper salió para sumergirse en la nada que le esperaba al otro lado.